



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

Damián, un retrato Card. Godfried Dannels

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

DAMIÁN, UN RETRATO	3
¿PERO ÉSTO ES TAN NECESARIO?	3
UNA OPOSICIÓN EXAGERADA	4
EL HÉROE Y EL SANTO	4
EL RETRATO DE DAMIÁN	5
EL RETRATO EXTERIOR	6
“No me retengáis...”	6
“En medio de la muerte nacemos a la vida...”	8
“Es mi turno...”	8
“Quien sirve a Dios es feliz en cualquier parte...”	9
Apostolado en tierras de Hawaii	9
Los pensamientos sombríos	10
Molokai: en el valle de las sombras de la muerte	11
La Prensa y otras peripecias	13
“De los extraños oro e incienso, de mis superiores la mirra”	14
“Nosotros, los leprosos...”	14
El cortejo	15
EL RETRATO INTERIOR.....	16
Son las circunstancias las que hacen a los santos.....	16
“Es mi turno...”	17
Entre aceptación y lucha	18
Mirar el alma y no la apariencia exterior	19
Voz de los sin voz	19
El que ama no se marcha	20
Disponibilidad total y disponibilidad parcial	21
¿De dónde sacaba esta fuerza?.....	22
Dios hace un santo con el barro que le sirvió para crearlo	22
Tres etapas en la ruta del sufrimiento	23
¿Y nosotros?.....	24
Diez pasos en seguimiento de Damián.	24
1. Ir al encuentro de los leprosos.....	24
2. Permanecer a su lado	24
3. Jamás culpar a nadie	25
4. El cuidado por el conjunto de la persona.....	25
5. La fe encarnada	25
6. Para quien cree, no hay causas desesperadas.....	26
7. Empezar todo lo que es posible	26
8. Decir sí a lo inesperado	26
9. Somos responsables solidariamente.....	27
10. Dios hace los santos partiendo de cualquier material	27

DAMIÁN, UN RETRATO

Godfried Cardenal Dannels,
arzobispo de Malinas-Bruselas,
Primado de la Iglesia de Bélgica

Hermanos y Hermanas

Mañana, el 15 de mayo¹, José De Veuster – el Padre Damián – será declarado beato. Con este fin, el Papa vendrá expresamente a nuestro país. A menudo ha sucedido que el catálogo de santos y beatos se haya enriquecido con ocasión de un viaje papal a uno u otro país. Pero que el Papa se desplace únicamente con este fin, verdaderamente constituye una primicia. Esto último no lo hace nunca.

Algún motivo habrá, entonces, para ello. Este motivo, no lo conocemos. Pero nos es posible adivinarlo. Ciertamente a los ojos de Juan Pablo II, Damián no es un santo como los demás. Él es de una índole especial y merece por tanto que la atención del mundo entero se concentre, por un momento, sobre él, y solamente sobre él. Porque Damián es el hombre de la esperanza contra toda esperanza, el que permanece al lado de la gente que carecen de porvenir; para quienes, médicamente hablando, cualquier cosa que se haga será realmente inútil: son las situaciones en que solamente es posible permanecer a su lado y amarlos. Esta es la razón de la gran actualidad de Damián. Porque no es necesario, en nuestros días, ir a buscar lejos excluidos semejantes, gentes que viven marginadas de la sociedad y a las que se señala con el dedo. ¡Los leprosos de hoy! Damián muestra por sus hechos y sus gestos que Dios no rechaza a nadie.

¿PERO ÉSTO ES TAN NECESARIO?

En los últimos tiempos, escuchamos decir, por aquí o por allá: "¿Acaso esto sea tan necesario? ¿Acaso una canonización corresponde aún a nuestra época? ¿Acaso el Vaticano II no ha bajado todo el santoral al sótano para destacar mucho más y mejor la persona de Cristo?. Por otro lado este género de prácticas ¿no hiere nuestra fibra democrática?"

¹ La Carta fue escrita para la primera fecha de beatificación, 15 de mayo 1994, que no pudo celebrarse por el accidente sufrido por el Papa. Esto hizo que se trasladara al 4 de junio 1995, en que se realizó. (N.T.)

Todos los seres humanos son iguales. Nadie puede ser puesto de relieve. Por lo demás, ¡solo Dios es santo! O si no ¡todos lo somos!. La Iglesia, ¿debe por fuerza participar en la locura generalizada de presentaciones de estrellas o en el culto de las “vedettes”? Y todo ello ¡sin hablar de los gastos que todo esto va a ocasionar, ni habiéndose siquiera preguntado qué pensaría de todo esto el pobre Damián!”

Otros hablan un lenguaje más teológico. A sus ojos, “el culto de los santos obscurece nuestra mirada sobre Dios. Pues solo Dios es santo. Y resulta casi imposible entreverlo a través del espeso bosque de los santos y beatos. El culto resulta así alterado. Y es cuando menos inadmisibile que, durante la Misa, al fondo de la iglesia, se murmuren plegarias y se enciendan velas y lamparillas ¡...en honor de todo un cortejo de estatuas de santos! ¿No es todo esto poner a la Iglesia y la Fe por debajo en lugar de por encima? Cuando aparece el sol, ¿las estrellas no apagan sus débiles fulgores?”

UNA OPOSICIÓN EXAGERADA

Quienes razonan y hablan de este modo, acrecientan con ingenuidad una pretendida oposición. Dios y los santos no entran en competencia. No se disputan nuestras preferencias. Es verdad que Dios es el sol, pero los santos no son por eso las estrellas. Pues las estrellas son por sí mismas fuentes de luz, independientemente del sol. No es el caso de los santos. No son sino espejos que reflejan y transmiten la única luz del sol. Los santos son reflejos del único esplendor de Dios. Aún más: se parecen a los diamantes, negros fuera de la luz del sol, centellean puestos bajo esa luz todos los colores del arco iris. Del rojo al violeta. De este modo, cuanto más dirigimos nuestras miradas hacia los santos, tanto más Dios mismo entra en vuestro campo visual.

Por fin, Damián no quiso ser nunca una especie de ‘santo de Molokai’. Se designaba a sí mismo tan solo como un “sacerdote misionero”, sólo eso y nada más. Con frecuencia así figura al pie de su firma al final de las doscientas ochenta cartas que se han conservado de él. Lo que tenía en el corazón, venía de más lejos... del sol. Tres años antes de su muerte, escribió: “Sin la presencia de nuestro Divino Maestro en mi pequeña capilla, jamás habría sido capaz de mantener atada mi suerte a la de los leprosos de Molokai”

EL HÉROE Y EL SANTO

“Conocemos a Damián desde hace mucho tiempo”, se escucha decir, “cada uno sabe desde hace un siglo cuán heroica fue su vida. Todo el mundo le admira y muchos quisieran, en cierta medida, imitarlo. El mundo entero levanta sus ojos hacia él desde hace ya más de cien años.

¿Acaso se agrega algo a su gloria por el hecho de beatificarlo? ¿No basta con que sea un héroe? ¿Para qué queremos además, un santo?

Es que un héroe no es lo mismo que un santo. El *héroe* encuentra su fuerza en sí mismo, en su propio coraje, en su propio entusiasmo. Uno se siente atraído a levantar sus ojos hacia él, pero esta mirada de admiración se detiene en él, sin ir más allá. Un *santo* no es un prodigio de energía natural ardorosa o de singular voluntad humana. Es un milagro de la gracia. Cuando le miramos nos pone en contacto con Otro. Cuanto le invocamos, responde: “¡Dios!”. A menudo los santos ni tan siquiera son héroes, si no miramos más que sus propios talentos: Dios ha hecho de ellos lo que son. A menudo se han manifestado ansiosos y temerosos, pobres y no faltos de defectos; pero, en su debilidad, se han apoyado en Dios. Y han llegado a ser grandes.

Hay más todavía. Los héroes están ahí para ser mirados e imitados. Son modelos. Los santos son más: son hombres y mujeres de nuestra raza a los que podemos rezar y que rezan por nosotros... No solamente modelos, también abogados, defensores. Una admiración moderada da lugar a un sentimiento de proximidad calurosa, y con una cierta complicidad. Los santos están de nuestro lado. Quienquiera que levante sus ojos hacia un santo, no se descorazona por su figura inabordable, sino que se reconforta por su cercanía.

Es lo que va a ocurrir ahora con Damián. Le admiramos desde hace más de cien años. ¿Ya le hemos invocado? Ya es tiempo de hacerlo, pues es precisamente eso lo que va a ocurrir el próximo 15 de mayo [en verdad el 4 de junio 1995]: de héroe Damián se convierte en un santo. En adelante él será, más todavía, uno de los nuestros.

EL RETRATO DE DAMIÁN

La víspera de la muerte de Damián, el Dr. Swift, médico de la colonia entró en su habitación. Médicamente hablando, hacía ya mucho tiempo que no había nada que hacer. La sepultura estaba cavada. Literalmente. El médico había llegado además sin su maletín. Traía un aparato fotográfico. Quería un retrato del Padre. El último.

Algún tiempo antes, un artista pintor, Eduardo Clifford, había realizado un retrato del misionero: Damián sentado en la terraza, con un bello libro en la mano, *La Imitación de Cristo*, que está leyendo, la ventana abierta al paisaje de Kalawao hasta el mar próximo, el rostro ya marcado por la lepra. Pero con su sombrero de jipi-japa y sus finos lentes de alambre, parecía todavía un hombre sereno, enérgico, dueño de sí mismo y claramente también de la situación. El cuadro de Clifford era un *retrato de gala*, solemne, destinado al mundo entero para después de la muerte del padre. Un retrato de museos y de exposiciones.

El médico deseaba otra cosa, un retrato diferente. Una imagen del Apocalipsis. Otro Damián: casi imposible de mirar, con su rostro desfigurado y sus manos curvadas sobre las mantas viejas de su lecho de agonizante. Y además, esa mirada alucinante de un hombre enfebruido que ya está semiconsciente. ¿Damián vio tan siquiera la cámara fija a sus pies con el velo negro encima?. Por sí mismo, no podía llegar a enderezarse en la cama; entonces alguien a su lado lo levantó; después se apartó para que saliera solo Damián en la foto. Se derrumbó antes de que la consiguiera y le arreglaron la sábana y las manos para tomar la única fotografía ya posible. El retrato del médico es la *cruda foto* del varón de dolores, un retrato venido directamente desde de la semana santa. En realidad acababan de entrar en la semana santa, cuando fue tomada la fotografía.

Damián hubiese querido morir en Pascua. Su deseo no se realizó. Ni siquiera murió el Viernes Santo. Como humilde servidor sufriente, dejó ese día para el Señor Jesús; era el aniversario de la muerte del Maestro. Encontró una pequeña plaza para morir el Lunes de la Semana Santa, a las 8 de la mañana. El Viernes Santo, estaba ya enterrado y toda la atención podían ponerla en su Maestro; esta plaza debía quedar libre, porque *“es necesario que el crezca y que yo disminuya” (Jn. 3,30)*

Así son los retratos de Damián: uno para el museo y otro para los archivos. Desde entonces, todo el mundo ha contemplado estos retratos y continúa haciéndolo. Sin embargo, ni el uno ni el otro son el verdadero retrato de Damián Su imagen auténtica se encuentra más lejos y mayor hondura. ¿Dónde, entonces?

En dos lugares; en nuestra *memoria* y en nuestro *corazón* Un *retrato exterior* y un *retrato interior*. Querriamos ahora partir en su búsqueda, porque son las verdaderas imágenes que reproducen el rostro de Damián: toda su vida, las que queremos encontrar para llevárnoslas

EL RETRATO EXTERIOR

Primero el retrato exterior: Damián (José) visto desde fuera. Aquel que en el curso de su existencia, se encuentra inscrito en el libro de la historia y en nuestra memoria.

“No me retengáis...”

Era invierno en Trémelo y reinaba el hambre, cuando nació José el 3 de enero 1840. La cosecha de patatas se había perdido, lo mismo que lo había sido la siega. El padre de José era labrador y comerciante de granos; es sin duda la razón por la que su familia no sufrió la carestía.

José era el séptimo de ocho hijos. Tenía apenas tres cuando su hermana mayor, Eugenia, dejó la casa para entrar en las ursulinas y casi ocho cuando murió su hermana pequeña María a los cuatro años. Quedó como benjamín.

José vivía en dos universos estrechamente entrelazados: la vida con la naturaleza en los campos y la vida en la Iglesia. Era un niño campesino, como tal naturalmente religioso: el cuerpo cerca de sus semejantes, el corazón al lado de Dios. En realidad así lo sería siempre a todo lo largo de su vida: será una mezcla de habilidad práctica y de una fe capaz de correr todos los riesgos.

A los trece años, después de los años de escuela, ya era suficientemente y fornido como para ser retirado de la escuela y ayudar en la explotación familiar. Tiene diecisiete años cuando su hermano Augusto, tres años mayor que él, entra en los Padres de los Sagrados Corazones en Lovaina. Como religioso, Augusto tomó el nombre de padre Pánfilo, con quien José mantendrá correspondencia toda su vida y quien le sobrevivirá por largo tiempo (+ 29.7.1909) Los dos hermanos eran muy diferentes: uno intelectual y el otro un trabajador manual animado por el amor al prójimo. No obstante estaban misteriosamente unidos: sus destinos fueron ribereños el uno del otro.

José trabajará durante cinco años en la granja. Pero este trabajo no satisfacía su vida. A los dieciocho años, su padre le lleva a estudiar francés en Braine-le-Comte, en la región walona francófona, a unos kilómetros al sur de Bruselas.

Hacía tiempo que deseaba seguir los pasos de su hermano Pánfilo, que con pocos años había ingresado en el seminario menor de Malinas. Poco a poco, José maduraba la idea de que su lugar estaba allí: en el campo de la Iglesia y no en las campiñas de Hageland. En una carta dirigida a sus padres en Navidad de 1858, se puede leer por primera vez una palabra que se encuentra, como un lema en el frontón de toda su vida. Escribía: *"No me retengáis..."*. Él también quería llegar a ser religioso. Durante toda su vida, lo dirá y lo hará: *"No me retengáis..."*. Esta palabra no siempre será bienvenida y le ocasionará no pocos conflictos con sus superiores o colaboradores. Pero nadie podía retenerlo. Pidió ser aceptado en Lovaina. Ni siquiera dio un rodeo por ir a Trémelo; tomó un tren directo de Braine a Lovaina; su padre no tuvo otra opción mas que hacerle una visita allí.²

² Para el caso, es cuestión de menor importancia, pero siempre ha mantenido la historia que su padre lo llevó a Lovaina y lo dejó en el convento para que hablara con su hermano, mientras él hacía unos negocios en la ciudad. Al volver al convento, José quiso quedarse ya definitivamente con su hermano, entre otras razones por no hacer pasar a su madre la amargura de despedirse. Su padre volvió a casa solo.

“En medio de la muerte nacemos a la vida...”

Al entrar al convento, José fue primero destinado a ser hermano converso. No veían que pudiera ser sacerdote. Él mismo también, desconocía el latín y el griego. No le faltaba sin embargo inteligencia y, a escondidas, siguió cursos de latín con su hermano mayor. Los superiores quedaron impresionados y lo admiten en el camino para llegar a ser sacerdote. Los últimos meses de su noviciado los pasó en París, donde pronunció sus votos. Era el 7 de octubre 1860.

Retrocediendo en el tiempo, dos acontecimientos de estos primeros años no parecen desprovistos de significado profético. Al comenzar el noviciado, José, recibió el nombre de Damián. Nadie sabe por qué. Pero Damián es, junto con Cosme, uno de los dos médicos romanos mártires, que la Iglesia venera desde hace siglos. Médico y mártir, ¿quién podría serlo mejor que Damián?

Otra cosa. En la Congregación de Picpus, los votos se profesaban según un ceremonial en el que algún rito sonaba más bien a funeral, que se encontraba, por lo demás, en otros ceremoniales. Antes de la Revolución francesa era rito común en las profesiones de los monasterios. El rito estaba calcado sobre los ritos de las exequias cristianas. El religioso se prosternaba en tierra bajo un paño negro. Había cirios e incienso, aspersiones de agua bendita y canto del Miserere. Porque el religioso moría al mundo, para ser bautizado por la aspersion del agua bendita, en la que había nacido a una vida nueva, cuya plenitud alcanzaría tras la muerte. Damián descubrió en este encuentro ritual con la muerte, una buena parte de su existencia futura. En persona alguna habían estado tan estrechamente entrelazadas vida y muerte como en el hombre de Molokai. En el seno de la muerte nacía la vida, y en el seno de la vida aparecía cada día la muerte.²

“Es mi turno...”

Hay aún otra palabra que se escuchaba bastante a menudo en casa de los De Veuster: “*Es mi turno...*” Eugenia, la hermana mayor, murió de tifus en el convento. Paulina, la hermana preferida de Damián, se preparó inmediatamente para sustituirla. Era su turno, piensa ella. Y se fue al convento de su hermana. Algo semejante va a suceder una segunda vez algunos años más tarde.

Había que ir pensando en un campo de apostolado para Damián. A finales de 1863 se decidió que la Congregación adoptara las islas Hawaii, entonces Sandwich, como ámbito de misión, que la Congregación había iniciado en 1927. Tras un sin fin de dificultades y persecuciones, solo el

² Damián hizo alusión expresa a este momento en dos ocasiones: cuando se ofreció a entrar en Molokai y cuando supo que se había contagiado de la lepra. (N.T.)

14 de Mayo de 1840, pudo establecerse, segura y libre, la misión católica. José De Veuster acababa de nacer hacía poco más de cuatro meses. En este año de 1863, seis padres y hermanos así como diez religiosas, fueron designados para emprender el largo viaje. Pánfilo formaba parte del grupo. Pero hubo en Lovaina una epidemia de aquel mismo tifus que había abatido a su hermana mayor. Pánfilo cae enfermo. Se irá restableciendo, pero ya le será imposible pensar en que pueda acompañar al grupo de Hawaii.

¿Quién irá en su lugar? Damián se dice: "*Es mi turno*". Pasando por encima de su superior local, como la Regla se lo permitía, escribe directamente al superior general de la Congregación en París. La respuesta no se hizo esperar y fue afirmativa: Damián podía partir. Esta carta no fue evidentemente del agrado del superior local. Damián estaba sentado en la mesa del refectorio, cuando el superior le arrojó la carta diciéndole: "*Sois demasiado joven y estáis muy verde, Damián, para partir antes de vuestra ordenación sacerdotal!*". Pánfilo escribió: "*Sin esperar la comida, salió a despedirse de nuestra familia*". A penas quedaba tiempo para hacerlo, pero quiso invitar a su madre y su cuñada para encontrarse en el santuario de Nuestra Señora de Monteagudo. Inmediatamente después, tomó el tren para París, hizo allí con los demás un retiro de tres días y partió para el puerto alemán de Bremerhaven.

"Quien sirve a Dios es feliz en cualquier parte..."

Damián y su grupo de misioneros emplearon ciento cuarenta y ocho días desde Bremerhaven a Honolulu. En Navidad, navegaban bajo el ecuador y tres días después del año nuevo, atravesaron el Cabo de Hornos en dirección hacia el Pacífico Sur. Veinte años antes, veinticinco misioneros de la Congregación - padres, hermanos, religiosas, junto con el obispo - habían perecido en él durante una tempestad. Con todo el día de San José de 1864, nuestra expedición echaba anclas frente a Honolulu.

Un tercio de Hawaii era católico. "*Cantan magníficamente*" escribía Damián. No era aún sacerdote, pero fue ordenado el 21 de mayo. Escribió a sus padres para "*pedirles que le excusaran por las penas que les había hecho pasar por todos sus comportamientos, indignos de un cristiano*". Ya se describía a sí mismo "*como el pobre sacerdote que día y noche se apresura en la búsqueda de la oveja perdida, por las islas y los volcanes*". Pero no debían de inquietarse "*porque quien sirve a Dios es feliz en cualquier parte*". Por primera vez, firma la carta: "*Damián De Veuster, sacerdote misionero*". Continuará haciéndolo casi siempre.

Apostolado en tierras de Hawaii

Damián quiere comenzar inmediatamente. Recibe su primer trabajo en los campos costeros de la isla de Hawaii, un verdadero apostolado rural,

para gentes pobres e incultas. Su sector era excesivamente extenso: 16.000 hectáreas con menos de 2000 habitantes, de los que una mitad eran católicos. No cesaba de ir de un lugar a otro con dos caballos o dos mulos, según la configuración del terreno. Lo que llevaba no tenía gran valor. Cargaba su iglesia a las espaldas, como él decía, y si le preguntaban dónde habitaba, señalaba la silla de su caballo: *"Esta es mi casa"*. Esta su "iglesia" consistía en un altar portátil, cuatro palos que hundía simplemente sobre el suelo, con una plancha de madera recubierta con un mantel de altar por encima. A los fieles se les convocaba por medio del sonido de una concha marina. Más de una vez, los vientos alisios apagaban sus velas. *"Dado que durante toda la semana debo de trabajar y cocinar el domingo, escribía a su hermano Pánfilo, me perdonarás, sin duda, si mis manos no están tan limpias como las tuyas, que no tienen otra cosa que hacer, supongo, que pasar las páginas de los libros"*.

El idioma del lugar le dio mucho trabajo: el hawaiano era difícil, hasta que descubrió su sencillez. Pero él era de una "torpeza simpática". Cuando en un sermón no conseguía encontrar la palabra apropiada en hawaiano, sacaba de su bolsillo un gran pañuelo para sonarse la nariz o quitarse el sudor. Encontraba solución a todo, de manera primitiva, pero aguda y astuta.

Del lado de sus superiores, las cosas no marchaban demasiado mal. Cuando le hacían críticas, eran más bien por razón de sus excesos de celo que por lo contrario. Damián era un hombre de decisiones rápidas y de acciones igualmente rápidas. Construía de prisa, bautizaba rápido, emprendía un número de tareas, sin que pudiera, naturalmente, llevarlas todas a buen fin... "¡no ha quedado tan mal!"; llegado el caso, las hacía caer sobre otros.

Los pensamientos sombríos

Después del entusiasmo de los comienzos respecto a los hawaianos, Damián también comenzó progresivamente a ver sus aspectos menos favorables. La inconstancia y la superficialidad, sobretodo las relaciones sexuales sin medida de los aborígenes, le chocaban vivamente. Y además ese lenguaje desenfrenado: *"Los niños de aquí, apenas han aprendido a hablar, ya saben en eso más cosas que las que debe llegar a saber un estudiante de teología"*, escribía. Veía la situación en negativo. A esta experiencia venía añadirse una gran soledad como sacerdote y como hombre. Al comienzo tuvo su trabajo de misión en el distrito de Puna; allí podía verse cada diez días con otro misionero. Pero más tarde, en su nuevo puesto de Kohala, por su inmensidad, necesitaba para ello tres meses. Sufría de no poder conversar más que con hawaianos. Pero penaba aún más por no poder confesarse. Hubiera deseado a un compañero cerca de él. En realidad, lo que hubiera querido es que Pánfilo pudiera venir a Hawaii. ¿Acaso no le había reemplazado a él a

causa de su enfermedad? Ahora que estaba curado, ¿qué le impedía venir a reunirse a él?

Pues no era poco, ya que entre los dos hermanos había una gran diferencia. Y Damián escribía a Pánfilo sobre el proyecto en nuevas y largas cartas detalladas. Éste le había contado que acababa de dar un paso adelante en la carrera de profesor: sus superiores le habían elegido para dar las conferencias a los novicios. Se trataba de un gran honor. Damián reacciona en un tono irónico: *“En lugar de llegar a ser aquí un pobre misionero entre los salvajes, tú has subido un grado en la escala de tu carrera”.- ¿Cuál es la ventaja de aspirar a un birrete de doctor en detrimento de los pobres kanakas”.- Hay necesidad de algunos sabios en nuestra misión, para la defensa pública de la doctrina católica, también para convertirse en aspirantes a la mitra...”*

Pánfilo no fue nunca a las islas durante la vida de Damián. En su lugar llegaría un francés, un tal Ropert. A su llegada Damián exclamó: *“¡Ah!, eres tú! Yo esperaba a mi hermano!”*. Pero Ropert contestó: *“La voz es la de Ropert, los hábitos son los de Pánfilo”*. Y de hecho vestía una sotana hecha para Pánfilo: su nombre iba bordado en su interior. Con esta variante menor sobre el relato de Esaú y Jacob, la realidad era clara. Pánfilo había vendido su derecho a la primogenitura.

Los “sombrios pensamientos” no le abandonaron en esta época. En una carta a Paulina, su hermana preferida – ella quizás ya había fallecido sin que pudiera recibirla³ - concluía de esta manera: *“En general, tengo bastantes penas y pocas consolaciones. Solamente por la gracia de lo alto me llega a parecer suave y ligera la carga que Dios se ha dignado colocar sobre mis espaldas. Cuando me encuentro enfermo, estoy feliz porque mi fin se acerca”*. Por entonces tenía poco más de 32 años.

Molokai: en el valle de las sombras de la muerte

Como muchos de sus hermanos, Damián sabía bien lo que era la lepra mucho antes de ir a Molokai. En carta a sus padres, sin fecha concreta entre 1869-1870, les dice desde Kohala: *“La lepra aumenta aquí cada vez más... La enfermedad es en verdad peligrosa porque es altamente contagiosa...”* Con frecuencia había sentido un picor irritante sobre la piel cuando tenía que aproximarse a los leprosos. Tan extenso y fuerte fue su desarrollo en Hawaii, que el Gobierno se había visto obligado a poner a todos los leprosos en cuarentena en una isla, la de Molokai, concretamente en una pequeña península aislada, como sujeta en el centro de la escarpada y alargada costa norte. Se inauguró el 6 de enero 1866. Se esperaba que de este modo, en el espacio de unos años, se

³ Curiosamente la carta de Damián está escrita el 4 de Julio 1872 y Paulina murió el 4 de julio de 1873. Es normal pensar que la recibiría, a pesar de que sobre el mes de su muerte algunos lo retrasan.

dominara la enfermedad en Hawaii. Todos los leprosos eran buscados activamente y segregados sin remisión; arrancados a su pareja, niños y prójimos, todos se convertían en muertos en vida.

La Congregación a la que pertenecía Damián tomó conciencia de esta aflicción. *"Hay que hacer algo"*, pensaba el obispo. Con ocasión de la consagración de una iglesia, les habló de sus deseos a los Padres que vinieron a la ceremonia de la consagración de una iglesia en la isla vecina: la colonia de los leprosos ya no podía seguir abandonada a su suerte. Pero el obispo no quería obligar a nadie a ir allí. Cuatro sacerdotes más jóvenes se ofrecieron para asegurar el servicio de ese puesto, remplazándose cada cierto tiempo. El obispo encontró razonable el acuerdo. Damián se ofreció a partir el primero y el obispo le acompañó a Kalawao, la colonia de los leprosos ubicada en la pequeña península aislada. Al pisar su suelo, el obispo les dijo a los presentes: *"Ahora ya tenéis un sacerdote"*. Damián tenía treinta y tres años; había llegado a su destinación final: nunca se marcharía de allí.

Dos meses más tarde, escribiría que en el momento de partir para la dedicación de la iglesia nueva en la isla de Maui, donde el obispo expresó su propuesta, *"había experimentado un presentimiento inequívoco"*. Al dejar su puesto de misión de Kohala, había escuchado una "voz interior" que le decía: *"Ya nunca volverás a ver tus cristianos ni las cuatro iglesias de Kohala"*. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Damián no era un hombre de visiones y de voces: ni siquiera era un místico. Una vez había soñado que debía de construir una iglesia; otra vez se perdió en un camino que le condujo por azar a un moribundo que necesitaba de él. Fueron las solas cosas singulares de su vida. De ordinario se sentía como un instrumento en la mano divina, sin tan siquiera pensar que Dios tuviera necesidad de decirle algo. Pero siempre creyó que era la Providencia quien le había enviado a la dedicación en que fue hecha la propuesta. Todo esto ¿no fue quizás la mejor preparación para su apostolado en Molokai?

Apenas tenía diecinueve años cuando recibió el nombre de Damián, el médico mártir de la antigüedad quien, con su hermano Cosme, visitaba a los enfermos. Era lo que hacía ahora. Pero, el héroe de Damián era San Francisco Javier. Este santo evoca a San Francisco de Asís, quien cierto día abrazó y besó a un leproso y que, además, había reconstruido la iglesia de San Damián en Asís. Pero el modelo de Damián era el otro Francisco. Francisco Javier había tenido la misma perfecta indiferencia por la belleza y el refinamiento de la civilización. Ardía en celo por la misión. No había sido elegido para partir, pero había hecho todo lo posible por tener una plaza a bordo del navío, cuando uno de los misioneros cayó enfermo. Y había tenido éxito. A Javier no le gustaban los platos delicados, ni padecía repulsión alguna por los trabajos que ensucian. Enfermero entregado, iba con preferencia en búsqueda de los leprosos. Predicaba el Evangelio y bautizaba hasta agotarse; viajaba por lugares desconocidos provisto tan solo de su breviario, de un altar

portátil y de un paraguas⁴. Era un verdadero atleta y esto cautivaba a Damián.

La Prensa y otras peripecias

Muchas veces ya se había sugerido en Honolulu que el rey hiciera una visita a la colonia de los leprosos. Nunca se había concretado. Pero ahora que un sacerdote católico había ido allí sin otro bagaje que su breviario, se había encendido en Honolulu una llamarada de sentimientos de entusiasmo y de generosidad sobretodo entre los blancos acomodados de las clases más pudientes. Los donativos afluían

La prensa se comportó como si se tratara de un acontecimiento único: algo así no había sucedido algo semejante anteriormente. Pero no era del todo exacto. Antes que Damián, los padres de los Sagrados Corazones habían ido a Kalawao, pero solo unos días. Todo aquello se había hecho sin publicidad engañosa y sin ningún alboroto ni agitación entre el gran público. Parecía que el honor de llamar la atención hubiera estado reservado a Damián. Igualmente se ignoraba en la capital que otros tres sacerdotes se habían ofrecido también. Ahora, le resultaba al obispo muy difícil hacer volver a Damián y conceder su turno a uno de los otros. Habría creado un desconcierto en la opinión pública. Y Damián se quedó.

Los comienzos fueron penosos. Damián comenzó durmiendo bajo un árbol pandano que crecía en el suelo rocoso y servía de abrigo a ciempiés, escorpiones, hormigas y otros mosquitos que buscaban refugio contra el sol, el viento y la lluvia, bajo sus ramas y entre sus raíces al aire. Damián seguía sintiendo repugnancia ante los leprosos y tenía dolores de cabeza. Sin embargo a las dos semanas de su llegada – y aún antes de que se tomara una decisión definitiva de que se quedara – ya decía: *“Toda repugnancia por los leprosos ha desaparecido”*. Y escribía a Pánfilo: *“Aún no estoy leproso y, con la ayuda de Dios y de María, espero no estarlo jamás”*.

Comenzó haciendo de todo: catequizar, cuidar los enfermos, animar, fundar una banda de música, instalar un cementerio. Y enviar cartas. Cada vez más, entra en contacto con los ambientes médicos que están en la búsqueda de nuevos medicamentos, y con los funcionarios de la administración para mejorar la infraestructura de la isla.

Los “pensamientos sombríos” se habían desvanecido. En cuanto llegó a Kalawao la melancolía había desaparecido. Estaba donde debía estar.

⁴ Es conocida la anécdota de los tiempos de noviciado de Damián, cuando cada noche le veía el maestro de novicios arrodillado ante una cortina que cubría una ventana con la representación de San Francisco Javier. Al preguntarle qué hacía allí, le respondió: *Le pido la gracia de ser misionero como él.*

"De los extraños oro e incienso, de mis superiores la mirra"

Poco a poco Damián se convirtió en alguien célebre; los medios financieros afluían. Era el centro del interés. Raramente se había visto a alguien como él: un héroe que permanecía voluntariamente entre los leprosos. Pero Damián no deseaba esta fama, esta publicidad.

Algunos de sus superiores no apreciaban el modo como era ensalzado, elevado a las nubes por encima de sus colegas, disponiendo de amplios recursos de los que a menudo no usaba más que a su antojo. Así lo decían. Pero, se lamentaba él, *"cuando gentes de todas partes me envían dones para mi colonia, mis superiores ¿han de manifestarse críticos por ello? "De los extraños recibo oro e incienso, decía, "de mis superiores mirra (amarga)".* Uno de sus superiores le escribió: *"Si quiere darle gloria a nuestro divino Salvador aceptando con satisfacción el oro y respirando entre delicias el incienso que se le ofrece, entonces debe también, sin lamentarse, aceptar la mirra como un ligero contrapeso a los sentimientos humanos que experimenta..."* Más adelante, Damián era tachado de espíritu dominante, de versatilidad y de suficiencia. *"Merece grandes elogios y honores por el sacrificio de su vida y de su libertad, pero desgraciadamente estos elogios han llegado a su conocimiento; los ha absorbido golosamente y se ha emborrachado con ellos, lo que ahora le ha convertido en un ser peligroso".*

"Nosotros, los leprosos..."

Años después de su llegada a la colonia, Damián contaba cómo un día había sentido una sensación de ardor en el rostro y en las piernas, también un calor febril del lado del pie. En 1876 aparecieron en sus brazos y en la espalda pequeñas manchas secas. Fueron creciendo y luego se pusieron amarillentas. ¿Era ya, acaso, la lepra?

A partir de entonces, Damián vivió en una total incertidumbre. Ciertamente, él escribía siempre de sí mismo diciéndoles a los suyos que gozaba de una excelente salud, pero en su corazón se sentía inquieto. Las manchas aparecían y desaparecían. *"Quizás ya tenga los gérmenes de la lepra, decía, pero no estoy seguro".* Todo esto resultaba insoportable. Tanto más cuanto circulaban toda suerte de rumores, sobre si la lepra sería la culminación del proceso de la sífilis. Hasta el día en que introduciendo el pie en el agua hirviendo, ni siquiera lo notó. Con graves quemaduras, durante semanas tuvo que celebrar la Misa sentado. Con humor escribía a sus padres: *"De este modo interpreto el papel de enfermo delante de los enfermos".*

Damián experimentó en sí mismo todo nuevo medicamento. Pero cada vez, tras alguna mejoría pasajera, no se manifestaba ninguna mejora verdadera. Entonces tomaba otro medicamento. Por otra parte,

describió minuciosamente el proceso evolutivo de la lepra en su propia carne. Un verdadero diario de a bordo de la lepra descrita desde el interior. Pensaba que esto podía ayudar a la ciencia a encontrar el remedio.

Pero la lepra progresaba. En 1888, una fuerte tempestad arrancó la torre-flecha de la pequeña iglesia de Sta Filomena. Damián descubrió el desastre al amanecer. Ya había ampliado el pequeño edificio, pero ahora escribía: *"No estoy tan vigoroso y tengo miedo de no poder rehacer algo tan difícil. Mi enfermedad progresa y mis manos y mis pies se deforman"*. Sin embargo la rehizo... ¡ampliándola de piedra!

Cuatro días después de su fiesta patronal, el 19 de marzo 1889, exactamente 25 años después de su llegada a Hawaii, Damián se acostaba "enfermo". Había pedido una mortaja, que le había llegado de Honolulu. A comienzos de abril se sintió algo mejor. Pero enseguida tuvo que volver a acostarse. El sábado 13 de abril, estaba más enfermo que nunca. El médico Swift tenía preparada la cámara fotográfica para tomar la última foto. A medianoche, como todos los días que estuvo en cama, Damián recibió la comunión al sonar las doce de la noche y perdió el conocimiento casi inmediatamente después. Al día siguiente, se despertó y contó que tenía constantemente dos personas a su lado, una a la cabecera y la otra a los pies de la cama; no dijo quienes eran. En la mañana del lunes 15 de abril – lunes de semana santa – Damián murió. *"Voy a celebrar la Pascua en el cielo"*.

El cortejo

El cuerpo de Damián fue llevado a la iglesia contigua de Sta Filomena, mientras las religiosas franciscanas preparaban el ataúd, rodeado de gentes de la colonia que lo acompañó todo el lunes con la oración. El martes por la mañana, después de la Misa, la procesión fúnebre se puso en movimiento desde la iglesia hacia el cementerio que el mismo Damián había preparado y cercado, a la tumba que él mismo se había escogido, junto a la pared lateral de la Iglesia y al lado del pandano que le abrigó las primeras noches. En el cortejo, la cruz, la banda de música - que tocaba en todos los entierros -, las religiosas seguidas de las mujeres y las niñas y jóvenes que cuidaban, el ataúd llevado por ocho hombres, el sacerdote, los acólitos, los hombres y los niños y jóvenes de su orfanato. Ahora Damián era enteramente uno de ellos. *"Nosotros leprosos"*.

EL RETRATO INTERIOR

Así se ha presentado Damián visto desde el exterior. Todo ello estaba claro para cualquiera que observara. Así fue la ruta de Damián en el tiempo y en el mundo. Esta es la memoria que conservan de él los historiadores.

Pero esa no abarca toda la persona de Damián. No es el verdadero Damián. El verdadero Damián se encuentra en su interior. Porque su alma también tiene su historia. ¡Y qué historia!

Son las circunstancias las que hacen a los santos

La historia interior de Damián es del todo particular. Él no planificó su camino hacia la santidad. Sin duda quería llegar a serlo y siguió minuciosamente para ello el camino trazado por la Regla de su Congregación y por sus votos. Pero sin embargo...

Quien sigue el curso de la existencia de Damián, tiene la impresión muy clara de que fueron las circunstancias – más que un proyecto personal – las que hicieron de él un santo heroico. En efecto todo en su vida parece fortuito. Su partida para Hawaii no estaba en modo alguno prevista. Fue la enfermedad de Pánfilo, por decirlo así, la que le introdujo en el barco hacia Honolulu. La partida para Hawaii no estaba prevista, tampoco el tifus de su hermano. Damián era un poco como el decimotercer apóstol, Matías, adjunto para ocupar una plaza que había quedado vacante. El día de la beatificación, la liturgia ha previsto con acertada intención que escuchemos esta lectura de los Hechos de los Apóstoles.

El hecho de que Damián fuera a Molokai, fue otro tanto un fruto del azar. ¿Quién le había sugerido asistir a la consagración de la iglesia, en cuya ocasión el obispo dirigiría a la Misión la llamada para tomar a su cargo la colonia de Molokai? Además, Damián había llegado con retraso a la ceremonia.

El que se quedara entre los leprosos, era también totalmente imprevisto. Lo que estaba previsto, era que cuatro sacerdotes se turnaran en el servicio de los enfermos. Solamente la celebridad súbita de Damián ante la opinión pública y la ley de la cuarentena, hicieron que pudiera y tuviera que quedarse. Simplemente, no pudo hacer otra cosa mas que seguir y subir este camino heroico. Pero lo hizo.

Que finalmente se convirtiera en un leproso entre los leprosos, Damián no lo programó de antemano. Durante años permaneció indemne y con propósitos escritos para recordar los necesarios cuidados. La despiadada enfermedad hizo de él un santo. Las manchas de la lepra sobre su piel eran estigmas que recibió.

¡Sí! Quien quiera que considere la vida de Damián, se queda con esta impresión muy clara: Dios le fue colocando en circunstancias tales que hicieron de él un santo. Pero si Damián no planificó nada, sin embargo lo aceptó todo. La santidad no fue para él un asunto de *"yo quiero"*, sino de *"haz de mí lo que Tú quieras"*. Los santos auténticos no escogen su camino, lo reciben. Damián recibió la leprosería de Molokai como Kolbe su bunker de la muerte⁵.

"Es mi turno..."

Lo que caracteriza a Damián, es su sentido de la responsabilidad colectiva: todos juntos nos debemos comprometer por la causa de Cristo. Cuando alguien desaparece, otro debe ocupar su lugar, diciendo: *"Es mi turno"*.

Toda la familia de Veuster parece haber tenido el mismo lema. Cuando muere la mayor de las hermanas, religiosa ursulina, ocupa su lugar la joven Paulina, la hermana preferida de Damián. Y cuando Pánfilo tuvo que retirarse, Damián parte en su lugar. Anteriormente, cuando era alumno en Braine-le-Comte, había escrito a sus padres que entonces era su turno para llegar a ser religioso: *"¡No me retengáis!"*.

Es posible que Damián debiera este rasgo de carácter al gran sentido de la solidaridad, típico de su época y de su pueblo. Allí donde hay grandes desastres – como en la hambruna de 1840 – se despierta más fácilmente la solidaridad. En las pequeñas aldeas, se vivía con un gran interés de los unos por los otros. La carga que los otros no pueden soportar más, será necesario que yo la cargue sobre mis espaldas.

Damián, es todo lo contrario del que se escabulle y del narcisista. No tiene parcela que defender: el mundo entero, toda la humanidad es su familia. *"Nosotros los leprosos..."*, decía ya desde su llegada a la colonia, mucho antes de que estuviera contagiado. Se trata de una solidaridad querida, no de una solidaridad impuesta.

⁵ Es difícil resistirse a hacer una llamada de atención sobre todo este genial párrafo del Card. Dannels. Parece imprescindible hacer una seria meditación sobre él, para no caer en la tentación de prepararnos nuestros destinos, antes al contrario descubrir y recibir el que Dios tiene soñado para cada uno. Solo Dios tiene nuestro barro en su mano para insuflarle su Espíritu. Sin una conversión total, que alcanza el corazón de la Revelación, no se podrá cambiar el "hago para entregarme" pelagiano, por el "hazme Señor, para recibirte". La santidad no es una planificación, es un grito desde un vacío. Se le ha llamado en las grandes escuelas de espiritualidad "abandono", entre ellas la de nuestros Fundadores.

Entre aceptación y lucha

Damián es un milagro de equilibrio psicológico y teológico. Vivía naturalmente y sin problemas con estas dos actitudes: la de la aceptación y la de la lucha, la del sufrimiento y la de la resistencia, la del “sí” y la del “no”.

Damián no es el hombre de una teoría. Mucho antes de que se planteara una semejante dualidad, era a la vez misionero y agente de desarrollo, evangelizador y asistente social. Lo uno en continuidad de lo otro. No conocía la llamada oposición entre *Misión* y *Ayuda mutua y Fraternidad*.

Perpetuamente, Damián vivió entre lo trágico de *“no hay nada que hacer”* y lo de *“hay que hacer alguna cosa”*, dicho así en tosco lenguaje. Experimentó a su alrededor y en sí mismo el despiadado dominio de la lepra. Pero hizo todo lo posible por liberarse de ella. Estimuló la investigación científica y protestó contra la teoría de la lepra hereditaria, o la de la lepra consecuencia de una conducta sexual depravada. Ensayó igualmente todos los medicamentos, también sobre sí mismo. Dio crédito a todo nuevo o pretendido descubrimiento. Consagró una fortuna en la construcción de un “hospital” en la leprosería en que se probaría el método del japonés Dr. Goto con sus baños, prometedor en sus comienzos⁶.

Y allí donde ya no había esperanza, Damián organizaba la esperanza. De un rebaño miserable, la leprosería se había convertido en una verdadera sociedad organizada. Damián suscitó en ella la posibilidad de una convivencia a nivel humano construyendo una iglesia y un hospital, creando una banda de música, organizando fiestas. El tejido rasgado de la comunidad, lo hizo de nuevo coherente y relativamente firme. No era poca la alegría que se encontraba en Molokai en medio de tanta aflicción. A un doctor amigo le escribió una frase memorable al final de su vida: *“En total somos 900 leprosos, y aunque estamos muy enfermos, la paz y la felicidad parecen reinar en Molokai”*. Los visitantes se admiraban de la alegría con que eran saludados y de la paz ambiental.

Cuando se trataba de enfrentarse con la lepra, Damián traspasaba alegremente las fronteras confesionales, avanzando en la práctica de un ecumenismo sin orejas. Sus grandes bienhechores fueron en realidad casi todos no-católicos. A pesar de haber permanecido firmemente convencido de su fe, no se encerró en un ghetto, sobretodo cuando se trataba de luchar contra la lepra. Chapman un pastor anglicano y Clifford piadoso anglicano, fueron sus mejores amigos. De aquí que fuera un

⁶ Todo cuanto montó Damián en la leprosería, en este aspecto, fue proporcionado por el gobierno de Honolulu. La voluntad de hierro de Damián enfermo, consistió en ir a Honolulu *casi contra la obediencia* para cerciorarse del método y pedirlo allí ante el rey y el primer ministro. Para ello había soportado anteriormente las indignas descalificaciones de su superior de Honolulu. Le sostenía su “nosotros, los leprosos”, pronunciado siempre con tanto dolor como orgullo. “Leprosos aquí, en el cielo, no”.

diario de Londres, el *Times*, el primero en dar la noticia de su muerte, que provocó en el mundo entero, principalmente anglosajón, un oleaje de emociones.

Damián fue un prodigio de equilibrio entre acción y sumisión, lucha y resignación.

Mirar el alma y no la apariencia exterior

Una de las pruebas de las más duras que tuvo que soportar Damián, fue la de tener que afrontar el dedo acusador de la opinión pública en respecto del leproso. Éste no constituía únicamente un peligro físico para la sociedad, lo que le valió ser arrojado de las zonas habitadas, sino que también estaba moramente marcado a fuego: la lepra era una infamia. Quien era alcanzado por ella, tenía que ser, por algún lado, también pecador. La lepra no manchaba solamente la piel, habitaba en su corazón. Por tanto, también moralmente, el leproso debía ser puesto en cuarentena.

Existía, por otro lado, una teoría que consideraba la lepra como la cuarta fase del desarrollo de la sífilis. Un médico militar de los años 80 del siglo XIX escribía: *"Desafío a cualquiera a que me cite un solo caso de lepra que no tenga sus raíces en una sífilis hereditaria o incluso hasta contraída por el leproso en persona"*.

Al comienzo, Damián también lo creyó. Constataba efectivamente el desenfreno sexual extendido en la sociedad hawaiana y el estrago moral existente en la misma leprosería. Pero no se marchó, permaneció en medio de tanta promiscuidad y miseria moral. Esta situación lo sumía a menudo a sus "pensamientos sombríos", y en una especie de 'melancolía religiosa': *"¿era realmente digno de ir al cielo?"*. Esto le agregaba además una gran soledad psicológica y moral. [Según el médico residente de la leprosería, Dr. Mouritz, que fue quien lo apuntaba, se debía sobretodo a la fuerte depresión que normalmente acompañaba a la lepra en un estado ya avanzado. N.T.]

Pero Damián miró más allá de la piel y llegar al corazón. Todas esas gentes eran hijos de Dios, hermanos y hermanas de Cristo. Por ellos es por lo que vino al mundo. ¿Cómo podría, por tanto, separarse de ellos para salvar su propia alma?

Voz de los sin voz

Los leprosos de la colonia no tenían voz. Quien abordaba las orillas de olas encrespadas de Molokai quedaba privado de palabra, privado de vida, muerto del todo. Borrado del libro de los vivos.

Damián les dio una voz. Hablaba en nombre de ellos, exigía mejores cuidados, una infraestructura más conveniente, un trato más humano, respeto.

Y lo obtuvo, gracias a su personalidad fuera de lo común, a sus dones y talentos naturales poderosos. Pero esto no era todo. No pocos otros antes de él, religiosos y laicos, habían ido a Molokai: apenas si alguien se dio cuenta de ello. El padre provincial anotaba que, cuando otros padres habían llegado a Kalawao, *“todo lo habían realizado sin ruido, sin exclamaciones de admiración por parte del público; el honor de atraer la atención, de despertar sentimientos de simpatía y poner a la prensa en ebullición, estaba reservado para Damián”*.

Si Damián pudo dar voz a los sin voz, esto no fue debido únicamente a dones personales. ¿Fue cosa del azar? ¿O quizás el mismo Dios quería ya en ese momento que se pusieran los ojos en Damián? Ahora que va a ser declarado *beato* y presentado como modelo al mundo, no pude quedar duda alguna de ello: fue Dios quien lo quiso. Pero Dios empleó la herramienta que necesitaba y que estaba esperando. Damián se la ofreció.

El que ama no se marcha

¿Qué es, pues, lo que hizo permanecer a Damián en la colonia? No la esperanza de que la situación mejoraría, ni la perspectiva de un medicamento salvador; tampoco el remedio pasajero ofrecido a tanto sufrimiento. No había ni esperanza ni futuro. Molokai era y permanecía siendo el vestíbulo de la muerte y, mientras llegaba, era la puerta del mundo infernal que se encontró Damián. Qué duda cabe que Damián se mantuvo en aquella esperanza desolada y sin flor, y luchó consiguiendo muchas mejoras materiales, muy importantes. Mantuvo también la ilusión por los medicamentos posibles, sobretodo por el del método del Dr. Goto, pero al fin, después de haberlos probado todos, tuvo que admitir que no eran más que apariencias que no pasaban de la piel.

El último motivo que llevó a Damián a permanecer, no hay que buscarlo del lado de los leprosos. Estaba en él mismo: *él amaba*. Y aquel que ama permanece al lado del ser querido. No puede marcharse. Ya enfermo (mayo 1886) escribía a su antiguo compañero el P. Montitón: *“Hasta este momento me siento feliz y contento y si me dieran la posibilidad de salir de aquí curado, respondería sin dudarle: Me quedo para toda la vida con mis queridos leprosos”*. Así es como era Damián. Amaba y su amor le encadenaba. Ya no podía marcharse de allí.

Incluso aunque toda esperanza se haya desvanecido, vale la pena permanecer aunque no sea más que para amar. El amor tiene su valor en sí mismo, no en los frutos que produce. Es gratuito.

Quien ama no soporta tampoco ser diferente de aquel a quien ama.: el amor pone en pie de igualdad, se identifica con el ser amado. Mucho antes de que la enfermedad lo identificara materialmente con los leprosos, Damián se había convertido en uno de ellos. El amor se había anticipado a todo. Porque el amor es impaciente. Que la lepra apareciera, ya no era más que una consecuencia: todo se lo había jugado desde hace tiempo. El impulso estaba dado, no faltaba más que la marca impresa en su piel. *"Nosotros los leprosos"*.

Disponibilidad total y disponibilidad parcial

Muchas personas se comprometen afanosamente por su prójimo, también en nuestros días: misioneros, agentes del desarrollo, técnicos y docentes en el tercer mundo, médicos sin fronteras, organizaciones no gubernamentales, responsables de proyectos y tantos otros. Todo eso está muy bien.

Y sin embargo hay una diferencia con Damián. Él hizo todo eso también, y con todo es diferente. Su secreto reside en el don total de sí mismo. No es una parte de su vida la que dio, una parte de su tiempo, una parte de su pena: él se dio todo entero, sin restricciones y para siempre. Es en este desborde, en este exceso de amor, donde es necesario buscar el secreto de Damián. La vida de Damián es el mejor comentario de amor que describe San Pablo en su 1ª Carta a los Corintios (cap. 13)

Muchos dan algo. Pocos lo dan todo. Creemos dudando, nos guardamos un lugar seguro en que replegarnos llegado el caso, tenemos miedo de asumir riesgos; pensamos demasiado en la parábola de Jesús: *"¿Quién de vosotros, si quiere construir una torre, no comienza por sentarse..."* (Luc. 14,28). Pero permanecemos sentados, y la torre no llega. Además, nos decimos, tenemos los nervios tan frágiles.

De hecho la cuestión es la de saber si el verdadero motivo de ser remisos en darnos, se encuentra realmente ahí. ¿Es posible darse totalmente sin una motivación explícitamente religiosa, vertical? Se trata solamente de una pregunta. Pero hay buenas razones para pensar que solo quien ama por la voluntad de Dios, puede llegar hasta el extremo de su amor. Quien calcula su ardor en el cálculo de si su prójimo merece ser amado, chocará siempre con la evidencia de que no lo merece. Pero, al contrario, quien se deja conducir por el amor de Dios, no tropieza nunca con semejante escollo.

¿De dónde sacaba esta fuerza?

La motivación vertical no indica tan solo hasta dónde llegar – hasta el extremo -, da también la fuerza para llegar allí. Gandhi preguntó un día: *“¿De dónde sacaba Damián la fuerza para hacer eso?”*

Sin duda alguna, sus orígenes y su familia jugaron un gran papel, así como las circunstancias en las que nació y creció. El origen campesino y la religión, fueron el humus del ardor de Damián con su radicalismo. Igualmente el sentido agudo que tenía de su vocación: era un hombre con un serio sentido de la vida, cuando se trataba de responder a la llamada divina. En una carta escrita a sus padres se mostraba muy severo: *“No me retengáis, porque una prohibición que impongan a vuestro hijo para seguir la voluntad de Dios en la elección de un estado de vida, sería ingrata y os expondríais a un castigo terrible. ¿No teméis cometer una falta irreparable haciéndome perder la vocación a la que Dios me ha predestinado desde mi infancia, y haciendo así de mí un desgraciado para toda la vida?”* El paño mortuorio que le recubrió en la profesión de sus votos, le había confirmado en la oblación de sí mismo: estaba entregado por entero.

No obstante, la fuente de su oblación total que señala él mismo, es bastante distinta. Los cuatro pilares en que asienta su vida son: la eucaristía, la adoración, la oración y la confesión. Allí es donde tomaba la fuerza, según su propia declaración. La confesión es lo que apreciaba sobretodo, y de la que tan raramente se benefició. La cuarentena que se le impuso, de hecho significaba también aislamiento espiritual y moral. La imagen que se ha conservado célebre, es aquella escena patética del buque que pasaba cerca de la colonia con un sacerdote a bordo: Damián quiere confesarse, pero el capitán se niega a dejarle subir a bordo por el peligro de contagio. Y balanceándose sobre una pequeña barca, grita su confesión al sacerdote inclinado sobre la borda. Absuelve a Damián desde arriba, como si hasta el perdón de Dios temiera la lepra.

Dios hace un santo con el barro que le sirvió para crearlo

Damián no es un santo de hechura clásica. Tenía la cabeza dura y el carácter difícil. Dios, a través de sus padres, le había creado así. Y es así como llegó a ser santo. Era impulsivo. Por eso, en su ardor por convertir, iba a menudo mucho más rápido de lo necesario. Ponía en marcha toda suerte de obras, pero terminaba demasiado pocas. *“José construye, decía de sí, los otros ya lo terminarán”*. A menudo entró en conflicto con sus superiores o colegas. Su hablar era rudo: con el gobernador o sus oficiales, los superiores o los compañeros. Podía ser cortante, descuidado y sucio, hasta grosero. Tampoco le pusieron las cosas muy fáciles. Pero la verdad es que su corazón caminaba por delante de su reflexión.

Sí, no tenía pocos defectos pero, como decía uno de sus contemporáneos, que añadía *"todas sus faltas se consumían como paja ante el fuego de su caridad"*. Fue así: el amor lo purificó y lo ennobleció todo. Dios hace los santos con el material con que Él mismo los ha creado.

Tres etapas en la ruta del sufrimiento

Damián hizo el camino del sufrimiento y de la aflicción. Tres veces se detuvo un momento, antes de volver a ponerse en camino. Tres veces lanzó más lejos su mirada y pudo ver con mayor agudeza.

Primero esperó mantenerse sano. ¿No tenía Dios mismo interés en ello? Dios le libraría de ese sufrimiento. Había puesto su salud entre las manos del Señor y de su Santa Madre. Se mantuvo sereno durante doce años, entre dudas sucesivas.

Entonces Damián dio otro paso más. Si la curación significaba que debía partir de Kalawao abandonando a sus leprosos, rehusaba a ella. Quería permanecer al lado de sus leprosos: ser uno de entre ellos. *"La idea de marcharme para residir en Kakaako (hospital en Honolulu) jamás se me había pasado por la cabeza... Me entendieron mal"*.

El tercer paso es el de los 'estigmas': Damián se puso a considerar su lepra como una manera de 'mantenerse cerca de Cristo', de estar identificado a Él sobre la cruz. Nadie le podía arrebatarse estos estigmas. *"Procuró llevar mi cruz con alegría, como nuestro Señor Jesucristo" (02.02 1885) "Espero que nuestro Señor me concederá las gracias necesarias para llevar mi cruz tras él, hasta nuestro Gólgota particular de Kalawao" (25.03.1886)*

De este modo, Damián miró sucesivamente en tres direcciones en la ruta del sufrimiento. Primero sobre sí mismo: pidió permanecer sano, salud que depositó confiado entre las manos del Señor. Después hacia los hombres: deseaba mantenerse cerca de ellos. Finalmente hacia Cristo: quería permanecer cerca de Él y llevar en su carne las señales de sus heridas. En este momento su búsqueda se tranquilizó por fin. Damián estaba allí donde debía de estar, en lo suyo sobre la cruz. Quien sube el camino del sufrimiento pasa por tres estaciones: parte de su propia persona, llega donde los otros, para terminar finalmente, en la casa junto al Señor crucificado.

¿Y nosotros?

Diez pasos en seguimiento de Damián.

¿Y nosotros? Porque Damián no es solamente un modelo que contemplar. Es una llamada para caminar en su seguimiento. Es un desafío. Pero sobretodo es una promesa: ¡es posible! Sí, es posible consagrar toda su vida incondicionalmente a los excluidos. Si Dios no rechaza a nadie, ¿cómo nos atrevemos a hacerlo nosotros? La vida de Damián pide un "seguir hasta el final". Debemos hacer algo. Pero ¿qué y como?

1. Ir al encuentro de los leprosos

Cada época tiene sus excluidos. Presentan siempre los mismos caracteres que los leprosos en tiempos de Damián. Están aislados de la comunidad, marginados; no tienen esperanza ninguna, o tan tenue, que apenas se puede hacer algo por ellos; no hay ninguna salida con los medios humanos actuales; estas personas están a menudo señaladas con un dedo acusador; son, en algún modo, muertos vivientes.

¿Dónde están estos desgraciados en nuestra época? Enseguida pensamos en las víctimas en las víctimas del Sida, y justamente. Pero hay otros, menos conocidos quizás, pero también tan marginados: alcohólicos, drogadictos, personas profundamente deprimidas, o con su psiquismo gravemente perturbado, enfermos incurables o en fase terminal, extranjeros a los que no se quiere en ninguna parte, y tantos otros. A menudo son gentes que no habíamos previsto en las programaciones de nuestras 'buenas obras', pero Dios – y las circunstancias – los ponen en nuestro camino. No dudemos, son estos nuestros leprosos de hoy.

2. Permanecer a su lado

Allí donde ya no hay esperanza razonable de solución, una sola cosa es aún posible: permanecer al lado de los excluidos sin poder hacer nada por ellos. Es también la forma más pura del amor: éste es únicamente don, nosotros no veremos ningún resultado. Damián tampoco pudo hacer otra cosa mejor que la de permanecer cerca de sus leprosos. La verdadera caridad no abandona cuando no hay ya resultados que conseguir: permanece presente.

3. Jamás culpar a nadie

Existe una relación antigua y muy difícil de desligar entre la enfermedad sin remedio y la sospecha de pecado. Toda enfermedad que no renuncia a su secreto, es considerada, casi automáticamente, como proveniente del orden moral: tendrá con seguridad su origen en algo que no soporta demasiada luz, no sea que se descubra. Así es como se juzgaba a los leprosos; así es como se ha juzgado a las víctimas del Sida, a los drogadictos, los alcohólicos. La opinión pública piensa que no saldrían sin duda totalmente limpios de ese juicio. En esta situación, apenas nos encontramos más avanzados que los contemporáneos del ciego de nacimiento del Evangelio: *¿Quién ha pecado*, preguntaban los discípulos a Jesús, *éste o sus padres?* (Jn. 9,2) La asociación entre la enfermedad y el pecado se remonta a la noche de los tiempos, y es persistente. Jesús la rechazó. Damián tampoco la aceptó. ¿Y nosotros? ¿No juzgamos con frecuencia demasiado a menudo de este modo?

4. El cuidado por el conjunto de la persona

Si Damián comprendió algo, es justamente esta: que no existe sanación si no es de la totalidad de la persona. A sus ojos, el leproso, no era un cuerpo enfermo: era cuerpo, espíritu, cabeza y corazón. Curarle era, por tanto, volverle intacto por entero.... Damián hizo todo al mismo tiempo: cuidaba sus llagas, animaba, organizaba la vida social, bautizaba, hacía de carpintero, reparaba la infraestructura, reunía fondos económicos, organizaba diversiones, daba catequesis y celebraba la liturgia, colaboraba en el descubrimiento de nuevos medicamentos, defendía la reputación de la colonia, daba voz a los sin voz, recibía a los visitantes, mantenía una correspondencia de dimensiones mundiales. Era a la vez agente del desarrollo y misionero. La caridad cristiana se dirige a la persona integral: cuerpo y alma.

5. La fe encarnada

Una frase de la carta de Santiago le viene de maravilla a Damián: *“La fe sin obras está muerta”* (Jc. 2,26). La fe no se expresa en una convicción desencarnada o solamente en una aspiración mística del corazón, en la oración. Ella se encarna. La fe desciende a la arena, es ingeniosa y eficiente.

Damián fue ‘un obrero de la fe’. No es extraño que haya obtenido esa fiebre de la tierra que le vio crecer y de su pueblo de origen. Quizás en ninguna parte del mundo ha estado la fe tan profundamente encarnada como en nuestro pueblo. ¿Dónde en el mundo, efectivamente, la fe cristiana ha penetrado e influido tanto el compromiso social como entre nosotros? Movimiento social cristiano, seguridad social, obras de juventud, vasta red de escuelas, hospitales y cuidados de la salud, toda

una red cultural hasta en los más pequeños pueblos, y tantas otras instituciones. ¿Es un azar que alguien como Cardijn, el apóstol de la fe encarnada, haya nacido entre nosotros? *“Aquel que tiene la fe ve claro, juzga correctamente y obra con eficacia”*, decía él. En nuestras regiones la fe ha sido siempre muy concreta, muy práctica y eficiente, comprometida.

6. Para quien cree, no hay causas desesperadas

Damián carecía de perspectivas en cuanto a los posibles frutos de su trabajo. El horizonte estaba cerrado y sombrío. Desesperante. Pero jamás pensó Damián que no hubiera nada que hacer. Creía en la fuerza del amor gratuito. Quien ama de verdad continúa esperando porque cree.

Incluso en los ‘días sombríos’, Damián se mantenía con buen ánimo. ¿Cómo lo lograba?. Para él la cosa estaba muy clara. Su fe en Dios le daba la certeza de que no existen causas desesperadas: Dios no rechaza a nadie. Es innegable que Damián sacaba su esperanza contra toda esperanza de su fe cristiana. Él mismo lo dice a menudo y de manera muy viva en sus cartas. Una motivación puramente horizontal – el amor del hombre en cuanto hombre sin referencia a Dios -, es sin duda válida y poderosa. ¿Sin embargo, ¿es siempre suficiente como para continuar defendiendo con esperanza causas desesperadas? Es seguramente problemático el saber si, en la práctica y fuera de la motivación vertical, – *“El amor de Dios nos apremia”* – esa realidad es posible de un modo durable.

7. Empezar todo lo que es posible

Damián sin embargo jamás se encerró en la fe. Empezó todo lo que era humanamente posible o cuanto pudiera aportar tan solo la más pequeña contribución a la lucha contra la lepra y a la victoria sobre ella. Colaboró en la investigación médica y ensayó todos los nuevos métodos, dándoles crédito al menor rayo de luz. Miraba también fuera del círculo católico; a pesar de ser estrictamente católico, raramente ha colaborado alguien de manera tan ecuménica como él en el terreno práctico. Opinaba que cuando se quiere socorrer a alguien, todos los brazos son bienvenidos. Quien vive de la fe se arriesga y no deja nada de lado. La fe no aparta las miradas sobre la tierra para volverlas hacia el cielo. La fe, más bien, a partir del cielo las orienta hacia la tierra.

8. Decir sí a lo inesperado

Una de las características del heroísmo de Damián fue el oído ‘obediente’ que prestaba a las cuestiones y llamadas que él jamás habría podido prever. Su vida rebosó de virajes inesperados y de sorpresas.

Cierto que siempre quiso darse enteramente. Pero cómo y dónde y en qué circunstancias se realizaría eso, él jamás pudo preverlo. Solo pudo decir sí a lo que le venía de improviso y que a menudo embrollaba completamente sus planes.

La enfermedad de Pánfilo le llevó a Hawaii, el planteamiento del obispo sobre los leprosos de Molokai y la ley de la cuarentena, le llevaron a Molokai y le mantuvieron allí. Damián es un ejemplo de obediencia a las circunstancias, a la voluntad de Dios. *"Habla, Señor, que tu siervo escucha..."* (1 S. 3,10). Quien quiera imitar a Damián, debe cada mañana poner su oído a la escucha para informarse de lo que dice el Señor. A menudo el heroísmo no está programado ni trazado de antemano: las circunstancias hacen a los héroes, al menos cuando saben decir 'sí.'

9. Somos responsables solidariamente.

La palabra de Damián era: *"Es mi turno..."*. No era un individualista que cabalgara solo. Tampoco un héroe solitario. Sabía que el porvenir de la Iglesia y la suerte del mundo nos han sido confiados a todos nosotros solidariamente. Y que, si faltaba alguno, otro debía ocupar su lugar. Pensaba con un método sustitutivo. Cuando Pánfilo quedó indisponible, es Damián quien partió. Quien vive la fe, tiene el reflejo de la solidaridad y el sentido de la responsabilidad colectiva. Los héroes no son solitarios, tienen su lugar en el seno de una cohorte de gentes comprometidas. No se elevan como torres por encima de ellas. Permanecen ligados a todos los demás: tienen el sentido eclesial.

10. Dios hace los santos partiendo de cualquier material

Quien lee la vida de Damián, se da cuenta de hasta qué punto podía ser riguroso y poco flexible. Tenía temperamento. Respondía tan solo moderadamente al canon de santidad, tal como se la concibe a menudo aún hoy día. Podía ser impulsivo y expeditivo; de tiempo en tiempo ponía a sus superiores ante un hecho consumado; tenía no pocos problemas con sus colaboradores y colegas en la isla. Ciertas de sus cartas a Pánfilo son muy críticas y manifiestan una cierta suficiencia.

Pero es así como llegó a ser un santo. Porque amó mucho. Quien ama y sabe decir sí, es poco a poco trabajado de tal modo por la gracia, que sus mismas faltas van a contribuir a hacer de él un santo. La gracia produce santos a partir de no importa qué material. Dios había hecho así a Damián, y Dios no rechaza a aquel a quien ha creado. Eleva a su criatura y saca de ella el máximo. El último paso en el seguimiento de Damián es creer que eso es posible, principalmente el llegar a ser santo con no importa qué temperamento.

+ * + * + * +

Hermanos y hermanas, durante mucho tiempo hemos admirado a Damián como un héroe. Ha llegado el momento de rezarle como a un santo. Es otra cosa totalmente diferente, otra cosa y mucho más. Porque, a partir de hoy, Damián no se contentará ya más con mostrarnos cómo puede o debe de hacerse algo, sino que va a ayudarnos a conseguirlo. A partir de hoy, se convierte en un abogado, un defensor. ¡Beato Damián, ruega por nosotros!

SANTA FIESTA DE PASCUA 1994
+ Godfried Cardenal DANNELS
Arzobispo de Malinas-Bruselas